

# *Unamuno y la Generación del 98: El Quijotismo*

MANUEL SUANCES MARCOS\*

Unamuno es una conciencia extraordinariamente lúcida en un momento crucial y decisivo de la historia de España. En ese tiempo, finales del siglo XIX, España estaba buscando dramáticamente su identidad y lugar en el mundo moderno. Y Unamuno se muestra como paradigma y faro iluminador de su generación. Y, para mayor compromiso, une su trayectoria personal con la de España. Veamos esto con detenimiento.

## **1. Contexto histórico: La crisis de fin de siglo**

Durante todo el siglo XIX, España buscó la síntesis entre tradición y modernidad, sin lograrlo. Dio bandazos a derecha e izquierda con luchas interminables entre progresistas y conservadores. Pero no encontró la armonía entre ambas tendencias. Cada una de ellas trataba de imponer su supremacía a la otra sin llegar a un acuerdo. Cada una pensaba que le estaba a ella reservado el secreto de la identidad y promoción de España en la modernidad.

Pero esta situación se agravó de repente a finales del siglo XIX: fue la “crisis de fin de siglo” que tocó fondo en la decadencia española e hizo replantearse radicalmente el ser nacional y su orientación en todos los órdenes: político, social, económico, religioso y cultural.

Tres fueron los factores que desencadenaron esta crisis. En primer lugar, la pérdida de las últimas colonias de ultramar. Las naciones europeas se habían echado sobre la monarquía hispánica como cuervos de rapiña, queriendo influir y anexionarse parte de aquellos territorios. Ello precipitó la independencia de aquellos países que estaban diseñados para ser virreinos con profunda relación con la corona española. Se alteró la natural evolución histórica resultando países divididos por los intereses

---

\* *Universidad Nacional de Educación a Distancia (Spain).* – This text can be quoted as follows: Manuel Suances Marcos, “Unamuno y la Generación del 98: El Quijotismo”. In: João J. Vila-Chã & Miguel García-Baró (Org.), *Philosophy and the Future of Human Formation in Europe • La Filosofía y el futuro de la formación humana en Europa*. Papers Presented at the Regional Congress of COMIUCAP for Europe Organized in Conjunction with the Universidad Pontificia Comillas (Madrid, 17-19 of December, 2014). – Este texto fue presentado en la mesa redonda sobre Miguel de Unamuno organizada con motivo de los 150 años de su nacimiento durante el mismo Congreso Europeo de la COMIUCAP.

bastardos de las naciones europeas. Éstas fomentaron la rebeldía incontrolada de los nativos para sacar en provecho propio.

Los últimos bastiones venidos abajo, que fueron Cuba, Puerto Rico y Filipinas, eran países estrictamente hispánicos con profundas semejanzas con la metrópoli. La última batalla en este trance fue la guerra con los Estados Unidos por la anexión de Cuba. España se vio derrotada y desasistida, con un sentimiento de despojo y desvalimiento que minó en mayor medida su crisis de identidad.

El segundo factor fue la cuestión social. Durante el último cuarto del siglo XIX. España llevaba un retraso industrial con respecto a Europa, permaneciendo todavía como país principalmente agrícola. Al comenzar la industrialización e incrementarse por tanto el proletariado, este nuevo elemento fue convulsivo para la sociedad española. Cambió costumbres y modos de convivencia y destruyó formas de vida inveteradas que crisparon la adormecida sociedad española. Se introdujo la lucha de clases, que, por otra parte, se posicionó políticamente en el extremismo de la izquierda, aumentando extraordinariamente la tensión social. El marxismo y sus movimientos afines, como el anarquismo y el comunismo, cuajaron en la sociedad española provocando un mayor desconcierto.

Todo esto afectó a los pilares de la concepción de la vida con respecto a valores religiosos y éticos. Las reivindicaciones obreras hacían temblar a las posiciones tradicionalistas.

El tercer factor fue un elemento de trastorno interno de la organización de España: la aparición de los separatismos catalán y vasco. Era el problema más delicado. Hasta la segunda mitad del siglo XIX no hubo en España movimientos separatistas. Permanecía un sentimiento regionalista que articulaba con armonía la unidad nacional. El cambio se produjo a partir de 1888, con la Exposición Universal de Barcelona y el incipiente nacionalismo de Prat de la Riba. Simultáneamente se inició el nacionalismo vasco a manos de Luis y Sabino Arana que habían estudiado en Barcelona y se contagiaron del incipiente nacionalismo catalán. En 1894 Sabino Arana fundó la primera organización nacionalista con una extrema declaración de principios de inspiración tradicionalista, teocrática, racista y separatista. Todos estos fenómenos provocaron un particularismo que se plasmó en un proceso de disociación y de insolidaridad con el resto de la sociedad española (J. MARÍAS, *La España inteligible*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1985, p. 317 y ss.).

Estos tres factores fueron los núcleos principales de esa profunda crisis que llegó a plasmarse en lo que se denominó “problema de España”. Éste se proyectó en un sentimiento generalizado de desorientación y desorden dentro de la sociedad. España se vio a sí misma como un cuerpo sin consistencia histórica y social. Comenzó a echarse en falta la conciencia de

un destino histórico que, tiempo atrás, había sido no solo consistente, sino que era percibido como nervio y esqueleto histórico del ser de España. Y en ese momento se sentía su derrumbamiento y la falta de voluntad para poner remedio a semejante situación. Era la sensación de tocar fondo y sentirse tan hundidos y desorientados como para no vislumbrar solución. La leyenda negra en ese momento campaba por sus respetos. Además de la propia sensación de inferioridad y decaimiento, los españoles daban la razón a los extranjeros. Éstos denigraban a España por la envidia del papel desempeñado por ella en la modernidad. Nunca como entonces tiró España tejas contra su propio tejado.

¿Cuáles fueron las reacciones a esta decisiva crisis? Los españoles más lúcidos sintieron este terrible vacío y trataron por todos los medios de poner fin a la decadencia. La idea central y conductora de esta labor de reconstrucción fue la europeización: cómo y en qué condiciones debía España integrarse en Europa para hacer frente a la decadencia y situarse en la modernidad.

En primer lugar, estaban los europeizantes. Ellos constataban el retraso de España frente a Europa y vieron las causas de ese retraso: psicológicas, como la incapacidad, el orgullo y el sentimiento de inferioridad; religiosas, como el dogmatismo, el espíritu inquisitorial y la intolerancia; demográficas, como el agotamiento por las guerras y la conquista de América; sociales y políticas como la carencia de burguesía y el desgobierno. Ante todo esto, los europeizantes querían seguir el modelo de Europa que se manifestaba sobre todo en la tolerancia religiosa, la libertad política y el auge científico. En resumen, consistía en apertura a Europa y desafricanización de España. Los que llevaron a cabo este plan fueron los Regeneracionistas con J. Costa a la cabeza. Fueron los políticos ejecutores, pero cayeron en el defecto de una imitación global y sin matices, no creativa, por lo que dejaron en la cuneta los valores específicos de España.

En el extremo contrario se movieron los hispanizantes. Entendieron que el mal de España consistía precisamente en haber seguido a ciegas en lo que justamente había echado a perder a Europa: el descreimiento, el escepticismo, el racionalismo y el materialismo. Por consiguiente, la solución de España consistía en regresar a su auténtica tradición, al “ser eterno” de España y recobrar las viejas virtudes perdidas. Estas fueron las que florecieron en tiempos de los Reyes Católicos e hicieron posibles las hazañas de América, Trento, Lepanto...

En tercer lugar, hubo actitudes más matizadas que entendieron que España tenía que alcanzar la modernidad europea, sin renegar de su pasado y de su genuina identidad. Así se manifestaron Valera, Galdós, Giner de los Ríos... Pero la que sobresalió en esta actitud fue la Generación del 98 con Unamuno a la cabeza (J. FERRATER MORA, *Unamuno. Bosquejo de una filosofía*, Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1957, pp. 84 y ss.).

## 2. La Generación del 98

La Generación del 98 conjugó con singular maestría el hispanismo y el europeísmo, es decir, la fidelidad a sí misma que debía tener España y su indeclinable apertura a Europa para ponerse a la altura de los tiempos modernos. Tuvo pues una profundidad y amplitud de visión que se alzó por encima de su generación.

La Generación del 98 con Unamuno a la cabeza aceptó en sus diversas dimensiones la realidad de España con toda radicalidad. La sensación de naufragio obligaba a una cura completa. Estos pensadores estaban en las antípodas del conformismo. Veían la realidad española como inaceptable; y su inconformismo lo expresaron a través de la literatura. Comenzaron por no dar nada por supuesto y no aceptaron las interpretaciones convencionales del momento. Por eso fueron polémicos y críticos con las generaciones anteriores, aunque luego en la madurez se reconciliaran con ellas reconociendo su aportación.

Y aunque tuvieron un alma y pensamiento común, no formaron propiamente escuela ni tuvieron discípulos. Lo suyo era un hábito compartido de regeneración de España. Esto es lo que les unía, aunque fueran tan diferentes entre sí y procedieran más bien de la periferia de España. Y este impulso fue el que los llevó a pensar y a escribir desde sí mismos, mirando con nuevos ojos la realidad española: el paisaje, la historia y las formas de vida cotidiana. Y así llevaron a cabo una recreación de la vida española. Fue hacer “borrón y cuenta nueva” de lo habido hasta entonces. Es decir, reinventaron España desde su amor a la periferia de donde procedían y desde su amor a Castilla donde recalaron. Resulta conmovedor ver a estos hombres procedentes de Galicia, País Vasco, Andalucía y Levante, lugares llenos de belleza y fecundidad, enamorarse de esa árida y desértica Castilla y hacer de ella el motor de la identidad y del proyecto de España.

Pero lo decisivo de esta Generación es que abordara una crisis política y social de inusitada trascendencia histórica y ello desde su posición de literatos e intelectuales. Unamuno, y algún otro miembro de la Generación, tuvieron la tentación de intervenir políticamente. Pero enseguida desistieron del intento. Su posición fue, como intelectuales, provocar un cambio de actitud que afectó a todos los órdenes de la realidad española. Y así, la significación política tan grande que tuvieron, la alcanzaron indirectamente a través de su obra literaria. A través de ésta, removieron los cimientos de todo el edificio y provocaron un cambio de mentalidad. Como dice Julián Marías, el alcance histórico de la Generación del 98 fue una función tectónica: llevar a cabo la elevación total de España; hacerla entrar en sí misma y poseerse como no lo había hecho en los tres siglos anteriores. Y esto no puede compararse con ninguna otra generación pasada. La del 98, con su actitud creadora, inicia

nuevas maneras de pensar España superando la dependencia de Europa (J. MARÍAS, o.c., p. 331y ss.).

Sintetizando sus aportaciones a la reconstrucción de España, pueden resumirse en tres aspectos. Primero, el conocimiento a fondo de la realidad española en todos los órdenes: el geográfico, yendo por tierras y paisajes para conocer el “humus” del suelo español; el histórico, para comprender el devenir del proyecto español y el cultural, para fondear el alma española.

En segundo lugar, el análisis crítico de España, empezando por su tradición histórica. Pero una crítica no meramente negativa, sino nacida de un entrañable amor a España. Unamuno lo resume en su célebre “me duele España”. Al principio, están disconformes con la historia de España especialmente a partir del siglo XVII. Luego, en la madurez, fueron mucho más comprensivos con esa época. Pero en lo que sí coinciden todos ellos es en la crítica de la sociedad española del 98, el presente de España entonces: el marasmo en que vive la sociedad, la falta de estímulo, el desinterés por progresar y alcanzar la modernidad. Unamuno subraya el carácter polémico de los partidos españoles, la cobardía civil y la irresponsabilidad personal. Por otro lado, señala la mendacidad como hábito operativo de la vida política: “nuestro parlamento es la catedral de la mentira”. Y, por último, el dogmatismo y la intransigencia.

En tercer lugar, la Generación del 98 aporta un proyecto de España para el futuro. Éste emana de la voluntad de perfección que había en ellos en orden al ideal que querían para España. Se trata de la visión utópica de las posibilidades y futuro de España que todos ellos comparten y Unamuno expresa de manera eminente como se apunta a continuación.

### 3. *Historia e intrahistoria: Unamuno*

Unamuno fue europeizante hasta 1897 tal y como se muestra en *En torno al casticismo*. La tesis de esta obra es la famosa frase que sintetiza su postura: “siete llaves al sepulcro del Cid”. Con ello da a entender gráficamente la solución de España que es dejar de pensar en el pasado e integrarse sin matices en Europa. Pero, a partir de la fecha indicada, cambió de rumbo y entendió que España debía volver sobre sus pasos porque la grandeza del pasado atesoraba algo permanente que debiera ser puesto de relieve ahora en el presente. Tal es la tesis de su gran obra *Vida de Don Quijote y Sancho*. La clave de interpretación de este nuevo giro dado por Unamuno es que España no ha seguido la economía de la Europa moderna que es la ciencia, la razón y la técnica; más bien ha seguido la “economía de lo eterno y lo divino”; esa es la “loca España” del pasado que hay que actualizar en el presente. España ha tenido, a partir del siglo XVII, un movimiento de retracción, de retraimiento a causa de los

golpes recibidos a lo largo de la historia. Baste recordar la independencia de las colonias americanas, las guerras de religión en Europa y Lepanto.

¿Fracasó España en esas campañas de exterior? Pues volvamos al interior: adentrémonos en el alma del pueblo que fue capaz de esas hazañas. Pero ese adentramiento no es un retroceso, es una genealogía que lleva a las fuentes, al ser genuino y primigenio. Este adentramiento lleva dos pasos. El primero es quedarse España consigo misma, poseerse en su verdadero ser. Y segundo, abrirse, fluir e irradiar sus potencialidades. Esto no lo hicieron ni los europeístas ni los hispanizantes. Los primeros porque olvidaron ese fondo vital o alma de España y los segundos porque petrificaron la tradición y, por tanto, detuvieron y paralizaron la vida. (J. FERRATER MORA, o.c., p. 87 y ss.).

Y ¿cuál es ese fondo del pueblo, el alma de la “España eterna”? Para aclarar este importante punto Unamuno distingue historia e intrahistoria. La historia es la sucesión de acontecimientos, hechos humanos que pasan y suceden uno tras otro, sin posibilidad de vuelta atrás. Y lo acontecido no puede borrarse o destruirse. Ahí queda inexorablemente. La historia no es un regresar o repetirse, sino un durar sin fin que camina hacia el olvido y la inconsciencia. Pero ¿tiene algún sentido esa duración? ¿Permanece debajo de esa línea de acontecimientos alguna realidad que les vincule? Eso es justamente la intrahistoria: lo que permanece. La intrahistoria es lo único vivo, el presente eterno que se queda pasando y que se pasa quedando. Es aquello en lo cual hay que “entrar para siempre”. El ser de la historia está en el interior de ésta, en la intrahistoria. Lo histórico, los puros acontecimientos, no pueden ser desdeñados u olvidados, pero tampoco entronizados como única sustancia de la realidad humana. Lo histórico debe ser interiorizado. Así la historia encontrará su alma cuando descienda al fondo de sí misma. La “tradición eterna” no es una inmovilización del devenir ni una movilización del ser; sino que es una realidad en que ser y devenir, quedarse y pasar, están íntimamente fundidos. La intrahistoria es la intravida y, para tocar el fondo de la vida, hay que sumergirse en el seno de historia y viceversa. (J. FERRATER MORA, o.c., p. 79 y ss.).

Pues bien, ¿en qué consiste para Unamuno la intrahistoria, el fondo de la “España eterna”? El emplea la expresión “casta primitiva” para nombrar ese fondo primigenio del alma española; y, con toda claridad y contundencia, afirma que es la síntesis de lo romano, cristiano, visigodo, medieval y místico. Tal es el núcleo eterno, sustrato, materia prima de nuestra verdadera historia. El primer elemento esencial fue la romanización. Roma fue decisiva, no Cartago, ni Fenicia, ni Grecia. Éstas dejaron huella, pero no definieron el ser. El cristianismo dio forma nueva a la romanización; es el complemento esencial de ésta. A su vez, la invasión visigótica asumió plenamente la cultura hispano-romana haciendo de

Hispania un reino independiente, pero manteniendo el recuerdo romano-cristiano del que se sentían herederos. El florecimiento de esta casta primitiva se manifestó en la vida y obra de Berceo, Jorge Manrique, mío Cid y el Romancero.

La invasión musulmana fue un quebranto de esta unidad y cultura, dividiendo esta casta primitiva en los diversos reinos de Taifas. Pero esa España visigoda no renunció a sí misma; se sintió perdida y, para recobrase, inició el proceso de la Reconquista que duró siete siglos. A pesar de ese período tan largo, España no se hizo musulmana, como los países del Norte de África, sino que luchó todo ese tiempo por recuperarse a sí misma y restablecer su unidad. El alma primitiva hispánica tuvo que fraguarse al filo de una lucha que marcó su identidad y le llenó de una inmensa energía. La lucha contra el invasor árabe impregnó de activismo y pugnacidad el estilo histórico del vivir español. Y ello contribuyó a la unidad entre patriotismo nacional y religiosidad católica.

Pero la Reconquista también fue decisiva por el predominio que Castilla alcanzó sobre el resto de los reinos de España. La hegemonía de Castilla hizo que su monarquía se convirtiese en la monarquía española. Aquí se produce, según Unamuno, la castellanización de España, con su espíritu dominador. Y este es el momento en que aparece la “casta histórica” frente a la casta primitiva. El espíritu genuino de ésta se soterra y discurre por debajo de la expansión española. La línea subterránea que mantiene viva la casta primitiva es la línea humanista, heterodoxa y mística que subyace a través del glorioso siglo XVI y siguientes. La fuerza concentrada de la Reconquista, polarizada en la monarquía española de los Reyes Católicos, se expandió grandiosamente en la conquista de América y las guerras de religión en Europa. España luchó contra el protestantismo, defendiendo la fe católica en el Concilio de Trento y también mediante la Inquisición y la lucha contra los turcos en Lepanto. El predominio histórico de Castilla impuso a la vida de los españoles el casticismo histórico de nuestra historia durante los siglos XVI y XVII hasta la guerra de la Independencia en la que de nuevo afloró el casticismo de la casta originaria. Castilla impuso su idea del unitarismo conquistador de la catolización del mundo. A partir de éste, el destino fue apoderándose del espíritu colectivo español y precipitándose en grandeza tras grandeza, legándonos una herencia ruinosa. España se desangró en esas campañas quedando agotada y perdiendo el tren de la modernidad. Vino así la plena decadencia, aunque toda la Generación del 98, y Unamuno en especial, atenuaran este duro juicio sobre la época dorada del imperio español. Como él mismo dice, alumbrar veintitantas naciones no puede ser una obra de decadencia, sino al contrario, una ingente manifestación de potencia civilizadora.

Pero ¿qué hacer para afrontar la decadencia? Es claro en el planteamiento unamuniano: volver a la intrahistoria. ¿Y cuál es el método para

descender a la intimidad genuina de España? Sencillamente estudiar amorosamente los elementos de la verdadera peculiaridad de España, que son tres. En primer lugar, el paisaje. La vivencia del paisaje español se convierte así en un imperativo patriótico. En segundo lugar, el paisanaje, es decir, las costumbres y el lenguaje vivo. Hay que desentrañar y poner en lengua escrita la lengua hablada y descifrar esas palabras que chorrean vida y corren frescas de boca en boca y de oído en oído. Así entiende Unamuno la palingenesia de España de la que entonces tanto se hablaba. Esto es, chapuzarse en el pueblo, sumergirse en su plasma germinativo. Y, en tercer lugar, acceder a las creaciones no intelectuales de nuestro espíritu. Las creaciones intelectuales no sirven para este descenso a la intrahistoria porque son cosa externa, formal, de superficie. Y las no intelectuales son el arte, la mística y la literatura. El arte es la expresión del ser, la literatura lo es del alma y la mística lo es del genio. Nuestra primitiva e íntima esencia discurre por el camino de nuestras creaciones artísticas y religiosas. Hay que interpretar las grandes creaciones espirituales de nuestra casta genuina: D. Quijote, Segismundo, el Greco, el Cristo de Velázquez, San Juan de la Cruz, Santa Teresa, San Ignacio. Debajo de las grandes hazañas políticas de la casta histórica castellana, latía el impulso subterráneo de los místicos y literatos que enlazaban con la genuina casta primitiva. Esta es la meta y el contenido del descenso a la intrahistoria: nuestra íntima y primitiva esencia. (P. LAÍN ENTRALGO, *La Generación del 98*, Madrid, Espasa-Calpe, 1997, pp. 374 y ss.).

Cuando Unamuno echa una mirada al siglo XVIII y analiza las soluciones a la decadencia, entiende que se barajaban tres posibilidades: quedarse dentro del caparazón de la visión del mundo de nuestro casticismo histórico; volverse rendidos al ser europeo y moderno como lo intentó la Ilustración del siglo XVIII; y el quijotismo. Este último fue el intento desesperado de una creación de forma de vida; en ella, nuestra casta originaria e íntima, rompiendo con el casticismo histórico, llegaría a ser fiel a sí misma. Eso fue lo que intentó la mística del siglo XVI y el quijotismo. España tenía su filosofía que era la mística que congelaron los Inquisidores y la Escolástica. El gran ideal eran la mística y Don Quijote, como soñador de la vida y de la sobrevida.

Pero lo que ocurrió fue que Don Quijote y la mística fueron derrotados y el incipiente humanismo español de Fray Luis, Vives, etc. ... tuvo que ceder ante la presión de la política y cultura de expansión. Se olvidó así lo más fecundo, viviendo España su larga decadencia.

#### 4. *El mito español por excelencia: Don Quijote*

La Generación del 98 es unánime en acudir al quijotismo como fuente de inspiración para renovar el espíritu español y hacer frente a la decadencia, yendo a las raíces más profundas de la identidad española. Las



lecturas efectuadas por cada uno de ellos son complementarias y forman un espectro armonioso; pero la más paradigmática y estelar es la de Unamuno. Don Quijote es lo mejor del español posible y soñado. Es el habitante de la España que todos sueñan. Por otro lado, actúa como el “tipo eterno latente” que se muestra en la historia de modo intermitente con momentos de distinta intensidad. Y ahora, en la época moderna, emerge como paradigma modélico. El hombre nuevo de la modernidad es el español quijetizado.

Unamuno vivió dos momentos diferentes en la elaboración de su quijetismo. El primero fue el anterior a 1897, es decir, el de su juventud. El lema de este período es: “muera Don Quijote para que renazca Alonso Quijano el Bueno”. Es la época en que Unamuno defiende la europeización de España como solución a su decadencia. Cervantes buceó en las profundidades de la vida y del pueblo español sacando de allí su Quijote. Este, en su final, que es también el de España, muere para que renazca Alonso Quijano el Bueno. Es decir, Don Quijote, que es la esencia de lo español, muere para acceder al espíritu universal. Don Quijote el loco, símbolo de nuestra aventura exterior a que se entregó nuestra casta histórica, debe morir. Y los españoles, cuerdos ya como el buen Alonso Quijano, deben penetrar en el espíritu europeo. Es decir, el ideal es ser hombres y europeos a fuerza de ahondar en la propia españolidad. O sea, tras su pasajera quijetización, los españoles deben renacer a la vida de cooperación, justicia e inteligencia que significa hacerse europeos. Esa es la nueva aventura de Alonso Quijano nuevo y renacido. (P. LAÍN ENTRALGO, o.c., p. 417).

Pero pronto cambia Unamuno, enmendándole la plana a Cervantes. Preferirá Don Quijote vivo y loco al cuerdo y renacido Alonso Quijano. Y se desdice de aquel “muera Don Quijote” proferido en su juventud. Ahora, a partir de 1897, proclama su culto al quijetismo como religión nacional. Unamuno escribe *Vida de D. Quijote y Sancho* contra cervantistas y eruditos. En esa obra, rastrea nuestra filosofía, la peculiaridad del pensamiento y del espíritu español. Bajo nuestra españolidad castiza y transitoria del siglo XVII, late lo más esencial y humano del español. El Quijote es para Unamuno el pozo permanente de cultura que ha dejado la heroica y fenecida civilización española.

Unamuno se propone como misión, en el momento histórico que le toca vivir, desvelar el arcano y potencial quijetismo de los españoles, predicar esa religión para que hagan realidad al hombre quijetizado. Para él, Don Quijote existe, está vivo, porque ejerce una influencia intrahistórica sobre todos los españoles. Pertenece a lo más verdadero y hondo de nuestra tradición eterna. Y esta tradición debe reflejarse en el futuro. El quijetismo ha de ser uno de los pilares básicos de la España moderna y futura.

Y ¿cuál es el sentido que el español quijetizado ha de proyectar y actua-

lizar en la vida moderna? En primer lugar, la lucha apasionada por la justicia, la verdad y la bondad. Tales son los valores modernos del hombre qui jotizado. Que ha de realizarlos con pasión; sin ésta, nada puede llevarse a cabo. El hombre sin pasión no llegará al paraíso. Por tanto, tiene que luchar por la verdad y el bien. Nada más lejos del espíritu qui jotesco que la mentira y la simulación. Pero aún es más valiosa la bondad. Hacer el bien porque sí, sin más. Porque el bien tiene sentido y plenitud en sí mismo. Tal es lo más definitorio del qui jotismo.

En segundo lugar, el qui jotismo debe empujar hacia una visión de trascendencia sobre la vida misma. La raíz del qui jotismo es la creencia en la inmortalidad. Y ésta también es la raíz de la acción buena. El hombre qui jotizado lucha por su propia e individual inmortalidad. Pero no se contenta con ésta, sino que esa pasión por lo inmortal se plasma también en una civilización inédita que supera el brillo de la ciencia. Ésta vuela a ras de tierra, en la pura inmanencia. Es menester el vuelo qui jotesco de la trascendencia que, valorando lo técnico y material, lo trasciende dándole nuevo sentido. Tal es la filosofía del hombre qui jotizado: filosofía de fe y de inmortalidad, no de razón y de materia. Esta filosofía no se enseña en las cátedras, sino que sale del corazón. Y es expresión de la lucha en que consiste la vida misma de hombre qui jotizado: lucha entre lo que el mundo es, según la ciencia, y lo que queremos que sea, según la religión. El hombre qui jotizado no pelea por ideas, sino por espíritus. Si el español no cultiva esta sabiduría, caerá como esclavo bajo el yugo de cualquier otro pueblo moderno. (P. LAÍN ENTRALGO, o.c., p. 420 y ss.).

Por último, Unamuno, como español y cristiano, da al superhombre de Nietzsche una réplica qui jotésca y cristiana. El superhombre es el perfecto cristiano que tiene delante un ideal que tira de él constantemente y que nunca llega a realizar. Este ideal cristiano nunca se cumplirá, es eternamente futuro; pero igual que Cristo viene al alma de cada hombre que cree en El, así reinará este ideal en el alma de cada uno de los que lo abracen. Tal es el qui jotismo unamuniano que es la mejor expresión del sueño del hombre español en la Generación del 98.